

- XI.—Corridos con doble estribillo.
 XII.—Corridos con introducción, con interludio y con estribillo.
 XIII.—Corridos con estribillo de cuatro semiperíodos.
 XIV.—Corridos formados por tres semiperíodos.
 XV.—Corridos formados por tres semiperíodos, con estribillo intercalado.
 XVI.—Corridos formados por tres semiperíodos, repitiendo el primero.
 XVII.—Corridos formados por tres semiperíodos, repitiendo el primero y con estribillo.
 XVIII.—Corridos formados por tres semiperíodos, con introducción, con estribillo y con introducción.
 XIX.—Corridos de forma intermedia, constituida por dos semiperíodos de metro largo.
 XX.—Corridos formados por cuatro semiperíodos o sean dos frases.
 XXI.—Corridos formados por dos frases de dos semiperíodos, cada una: una de metro largo y otra de corto.
 XXII.—Corridos de doble frase, la primera irregular.
 XXIII.—Corridos de doble frase, larga.
 XXIV.—Corridos de doble frase, con ritornelo.
 XXV.—Corridos dobles, donde la mitad se canta con una frase y la otra con distinta.
 XXVI.—Corridos de doble frase con introducción o interludio instrumental.
 XXVII.—Corridos de doble frase con doble interludio instrumental.
 XXVIII.—Corridos de doble frase con estribillo de cuatro miembros y ritornelo.
 XXIX.—Corridos formados por triple frase o sean seis semiperíodos.
 XXX.—Corridos formados por triple frase y ritornelo.
 XXXI.—Corridos con triple frase y estribillo de cuatro miembros.
 XXXII.—Corridos formados por cuádruple frase o sean ocho semiperíodos.

Presento, en lugar separado, los corridos de relación, por no ser fácil reducir su forma a normas fijas.

Debo hacer notar que el número de corridos formados por dos semiperíodos, abarca poco más del cincuenta por ciento del total, sin incluir las relaciones, y si a este número agregamos los corridos de la misma forma, pero que aceptan estribillos, introducción, interludios, ritornelos o dobles estribillos, entonces aparece en un sesenta y nueve cuatro por ciento. Es ésta una de las razones que me obligan a aceptar como forma antecedente del corrido la del romance, pues es justamente la forma con que se introdujo este género musical español entre nosotros.

J O S E P I L S U D S K I

REVOLUCIONARIO, SOLDADO Y ESTADISTA

P o r R E N E M A R C H A N D

(Concluye)

Hablaba yo hace poco de un característico estudio que consagró Pilsudski entre sus obras numerosas, a la insurrección de 1863. Hay en este estudio un episodio conmovedor: el relato de la noche en que estalló la insurrección, y, en particular, de las luchas interiores de quienes habían asumido la responsabilidad de ella. En este momento, Pilsudski piensa ya un poco en sí mismo y en las graves decisiones que tendrá que tomar. Y para quienes lo han conocido, mucho de Pil-

sudski se revela en estas páginas, asombrosamente proféticas, y en las que con facilidad se puede admirar el hombre que llamado más tarde a la acción libertadora, dirá esta frase, en que se le ve de cuerpo entero: "Quien sepa fascinar a las almas, deberá estar presto a dar la suya". Descubre Pilsudski en estas palabras su concepción del "jefe", concepción cuyo idealismo y nobleza supo siempre llevar a tan alto grado.

"Para serlo verdaderamente, todo jefe, quíralo o no, ha de ser diferente de sus subordinados—decía Pilsudski a sus legionarios años más tarde, en 1922, en un discurso que con justa razón llegó

a hacerse célebre. "Diferir de sus subordinados es la obligación de todo jefe y radica en ello esencialmente su mérito. No lo digo para halagar mi vanidad o para sentirme de talla más alta. Hablo únicamente por interés de la verdad histórica, la verdad debida a todos acerca de lo que hemos sido nosotros y de lo que podemos ser. Ninguna obra hubiese sido posible en la historia de la humanidad, sin jefes responsables que la tomasen a su cargo y la llevasen a feliz término. Los jefes, tanto superiores como subordinados, son, en todo grupo, una necesidad ineludible. Ningún trabajo humano es viable sin animadores que asuman la responsabilidad y que sepan mandar. En los actos militares *a fortiori*, pues en ellos la obediencia y el mando son de rigor. De aquí que el deber de todo jefe—y todo jefe ha de ser un hombre aparte—sea el serlo para todos sin dejar el menor rescio para sensible—rías o sentimentalismos, ni aún con los seres más queridos. Todo capricho o fantasía han de quedar excluidos. Se requiere en todo caso calcular fríamente las intenciones, así las propias como las del vecino. Prever para todo jefe es extremadamente difícil y complicado, como que no se trata con cifras ni con una materia inerte que se deje pesar, medir o contar, operaciones todas materiales. El jefe ha de calcular y aventurarse en terrenos en que nunca es posible la certidumbre y en donde sólo se dispone de probabilidades extremadamente frágiles. Todo cálculo de este género es engañoso, suscita mil dudas y éstas no faltaron en mi caso. Un jefe ha de ahogar todas sus dudas, guardarlas sólo para sí y dar a los demás la impresión de certidumbre y fuerza, manteniéndose firme en las horas más críticas. No merece el nombre de jefe quien no sea capaz, a solas consigo mismo, de pesar estos imponderables, de tener estas previsiones, por muy dolorosas que sean, sabiendo al propio tiempo guardarlas para sí y no comunicar nada a los demás. Un jefe ha de calcular metódicamente. Ahora bien, ningún jefe digno de tal nombre podrá salir adelante si su cálculo no comienza por sí mismo, es decir, que ha de referirse, ante todo, a su propio valer, a sus propias fuerzas y después, sólo después, a las del adversario, a sus fines, a sus designios. Sólo cuando haya terminado su cálculo por cuanto a él mismo se refiere, deberá permitírsele reflexionar sobre el enemigo y sobre los obstáculos que posiblemente va a encontrar en su camino, a fin de sortearlos según convenga. Y hasta hoy no sé de ningún hombre grande que haya comenzado por pensar en su propia debilidad y que se haya aplicado antes que nada a considerarla y a meditar humildemente frente a las fuerzas del enemigo".

Esta concepción de lo que ha de ser un jefe viene a completarse en Pilsudski con aquella clara noción que él tuvo siempre respecto al espíritu de decisión, así como por su desprecio de todas las tergiversaciones.

"Todo trabajo constructivo ha de basarse en este rotundo principio: esforcémonos para triun-

far. Aplicándolo, no nos afectará sino cuanto pueda contribuir al triunfo y descartaremos cuanto no conduzca a él. Yo he sido siempre contrario a conceder excesiva importancia a las frases. Soy un enamorado de la realidad. Busco el fondo de todo, ese fondo que a veces no pueden revelarnos las palabras y que nunca debe ocultarse al espíritu. Experimento un sufrimiento físico cuando no puedo tomar una decisión. Soy un hombre que sacrifica todo con tal de elegir entre dos soluciones sencillas: el sí y el no; y que solamente cuando no se ve la posibilidad de decir una u otra cosa, busca una tercera solución, que equivale ya a aplazar la verdadera".

Este odio por toda fraseología grandilocuente y hueca, que en general no es sino el manto de la indecisión y de los desfallecimientos, Pilsudski lo expresa de una manera amarga cuando llega a evocar la historia de los primeros días de la República polaca, al día siguiente de la insurrección del país.

"Lo que sobre todo salta a la vista en la sociedad de entonces es su debilidad, debilidad que se manifiesta en su impotencia para descubrir lo que desea. La hora de Polonia suena en el reloj de la historia y nadie sabe decirnos qué hora es. Todos, por el contrario, se diría que retroceden ante la verdad de lo que desean, de lo que quisiera cada uno. Y se refugian en las medias palabras, en las decisiones vagas. Un gobierno es una junta de liquidadores, un consejo que no gobierna, que deja a otros el cuidado de gobernar en la sombra. Un gobierno es semejante a esos insectos de vida efímera que, como el gobierno de Lublin, nacen y mueren en unos cuantos días. Y por donde quiera tropezamos con medias palabras, medias decisiones, medios recursos, cosas todas características de la general debilidad. La debilidad trae consigo una invariable consecuencia: el amor a las grandes frases sin significación. Por doquiera se le hallaba entonces. Por todas partes las frases iban más allá de los propósitos, pues los propósitos eran modestos y las frases pomposas no tienen más objeto que ocultar la pequeñez de los propósitos, encubriendo así la impotencia de realizar lo que se dice. Característica constante de la debilidad. El hombre fuerte nunca procede de tal manera. Esta debilidad va acompañada siempre de una extraña necesidad; sabemos bien cómo es el hoy, pero nunca cómo será el mañana. Los acontecimientos parecen desarrollarse con un desdén absoluto de cuanto se piensa y dice, y sobrepasan a cada instante al hombre que no supo ponerse a la altura de las circunstancias. De allí el que se estuviese en perpetua espera de que se hiciese realmente alguna cosa".

"Signo último de debilidad en el político es que, aun sin ser un falsario, caiga en la mixtificación y se avenga a gobernar juntamente con quienes sólo tratan de aplastarlo, debilidad por la cual los gobiernos de hoy aceptan firmar manifestos en que se exponen doctrinas ajenas a sus verdaderas convicciones. Si por ejemplo exa-

minamos los manifiestos ampulosos del gobierno de Lublin no podremos menos de creer que nunca pretendió ese gobierno llevar a la realidad el contenido de los mismos, ya que abundan en expresiones que le eran extrañas, simples copias de los manifiestos de tales y cuales otros gobiernos”.

A esta fraseología hueca y contradictoria, Pilsudski opone vigorosamente un estilo rotundo de soldado. Es este estilo el que prefiero yo en Pilsudski, pues es el más rápido y el que no se deja nunca adelantar por los acontecimientos. Así, no es raro que en esta época veamos que el ejército se aparta siempre de cuanto no es el mismo ejército. Y aunque el ejército fuese a veces débil, todos buscaban el apoyo de su autoridad para cimentar el poder y arrancar a Polonia de la amenaza del caos.

Digna de toda atención es la concepción que Pilsudski se forma de los militares. También aquí se marca la huella de una psicología penetrante y de un ideal generoso. “El oficio militar, nos dice Pilsudski, es un trabajo realizado en condiciones anormales. Engendra en el soldado una actitud especial frente a la muerte. Claro que todo muere en el mundo. Pero cuando el soldado va a la muerte es porque ésta lo ha tomado de la mano y ha ido acompañándolo por los campos de batalla. La muerte y el sentimiento de la muerte le rodean por todas partes. La muerte es para el soldado un fenómeno constante, cotidiano. Ignoro si quienes nunca han sido soldados pueden sentir con evidencia la dificultad que hay de convivir con la muerte. Esta marcha diaria hacia la muerte, deber inherente al oficio del soldado, este esfuerzo para habituarse a tal eventualidad, esta fraternidad con la muerte, vienen a imprimir en el espíritu del militar un sello profundo que ocasiona fuertes modificaciones en el carácter. El hombre que puede morir de un momento a otro ve la vida desde un ángulo especial. Las comodidades no son nada para él, ya que pueden acabarse en un instante. Poco significan también las comodidades de los otros, puesto que las propias no se toman en cuenta. En este perenne contacto con la muerte, en esta fraternidad constante con ella, el confort es una cosa sin valor del que se prescinde fácilmente. La vida del héroe es un constante azar. Por lo tanto el militar desdén todo bienestar material más que cualquiera otra clase social. Además de lo dicho, la vida del guerrero, que es anormal como ninguna, imprime otros rasgos en el alma del soldado. Es el militar un hombre que tiene en olvido la vida de familia. Sus idilios han de ser fugaces y a veces obtenidos brutalmente. Y mientras más se ve condenado a este fugaz abrazo con la mujer encontrada en cualquier rincón, más fuerte surge en él la aspiración a la vida hogareña. La alegría y el encanto de una vida familiar, la alegría y las sonrisas de un niño le enternecerán a tal punto, que si yo hubiese de dar un consejo a las mujeres les diría que no tomaran por esposo sino al soldado valiente y

que se hallarían así seguras de reinar en su corazón con solo la fascinación de una sonrisa”.

Una psicología no menos penetrante encontramos en las páginas tan pintorescas y conmovedoras en que Pilsudski analiza el alma del legionario y sus profundas raíces populares, raíces que son el origen de sus cualidades.

“Guardo —escribe Pilsudski—, el recuerdo de un cuadro de Kossac. Este artista militaba en el primer ejército prusiano. Y el cuadro tenía por título: “Un Legionario”, tal vez un prisionero... Representaba un joven uniformado que se apoyaba orgullosamente sobre su fusil. Detrás aparecían embozados en capotes grises algunos prisioneros rusos, cuya estatura sobresalía de la de aquel soldado joven de mirada infantil que se perdía en la distancia. Un cuadro como otros muchos, si se quiere, Mas Kosacc me aseguró que lo había tomado del natural. Cuando tal me dijo, me permití llamarle la atención sobre la expresión del joven soldado. Tenía su mirada una pasmosa semejanza con las que yo veía diariamente entre mi tropa. Aquellos ojos no sabían nada de la vida, pero brillaba en ellos el reflejo de una resolución, de una firmeza, de una decisión fría como el acero, el signo de un valor brutal y precoz. Y transcurrieron algunos meses. Ya por entonces habíamos nosotros logrado imponernos. Ya contábamos con la estimación general. La leyenda y la gloria nos cubrían y nos arrebatában en sus alas. Las leyendas falsas son efímeras; se detienen en el umbral del corazón. La leyenda que acompañaba a nuestra gloria, no se detenía por cierto en este umbral. Tras nosotros iba lo que de más bello existe en la civilización humana: el arte. La poesía pertenece a esas creaciones del espíritu que evoca el verso de Slowacki: “Se enreda como la hiedra alrededor del tronco de la encina”. Mientras mayor es este esfuerzo y más intenso el trabajo del espíritu humano, la poesía y el arte búscanlos con mayor ahínco a fin de convertirlos en esas obras de arte que tienen su fuente en la nobleza de la vida. Al principio fue la canción popular la que brotó como una llama de este nuevo manantial de fuerza, de este nuevo esfuerzo humano personificado en las legiones.

En materia de poesía militar no sé de época más favorable ni más fecunda que este período de nuestras legiones. Hoy todavía los cantos de las legiones son un tesoro que pertenece al país entero. Las legiones han desaparecido hace tiempo, pero el soldado polaco canta todavía nuestros cantos. Son las mismas canciones que vibraban en nuestras almas. Si la canción posee algún significado, si cuanto es bello, cuanto responde a las necesidades del espíritu o posee algún influjo, la canción del soldado representará un ímpetu fuerte, sólido, por medio del cual irá perpetuándose la vida de las legiones en tanto haya un soldado en Polonia. Y se puede seguir la historia de las legiones con sólo estudiar sus cantos. Estas canciones se han formado como en otros tiempos se formara la canción popular. Y son,

al mismo tiempo que un tesoro, una cosa viva y perdurable.

¿Y qué decir de la mujer, de la mujer belleza de la vida? ¿De la mujer animadora de los mejores y más nobles ímpetus humanos? Fueron las mujeres quienes primero marcharon tras nosotros. Las mujeres quienes con mayor relieve sintieron el encanto de la vida del legionario, su orgullo que desafiaba al mundo y que nos empujaba a lanzarnos, espada en mano, contra nuestra propia sociedad, demandándole, si no la estima, por lo menos un profundo respeto para el soldado de Polonia. Tras sus huellas, y marchando a su mismo paso, fueron las mujeres en pos del soldado polaco, fascinadas por la hermosura espiritual y moral que emanaba del legionario. Alguien quizá pueda sonreír de las muestras de entusiasmo, a veces exagerado, que se suscitaban a nuestro paso. Pero nótese que estos testimonios prueban el íntimo valer de este acontecimiento de la vida polaca que representamos nosotros, de esta emanación de alegría que se desprende, tan vigorosa y saludable, de aquellos hombres que marchaban al encuentro de la muerte, con la sonrisa en los labios, y quienes, espoleando a sus corceles y llevando en sus fuertes brazos a alguna mujer, no tenían sino palabras de desprecio para los indiferentes y para los cobardes”.

En la base de la ideología de Pilsudski encontramos siempre, expresada con el ardor de una irresistible convicción, la idea de la libertad en la fuerza, noción que algunos hoy, equivocadamente, confunden con la violencia. Para Pilsudski sólo una sociedad fuerte puede ser libre, y sólo un individuo fuerte puede comprender sus deberes hacia la sociedad. Desarrollando esta concepción que para él es fundamental, Pilsudski considera la voluntad, expresión de la fuerza, como un reflejo de la evolución de los individuos y de los pueblos, como el factor decisivo de la organización de las sociedades. En seguida, y en cierto modo como dentro del mismo plano que la idea de la libertad en la fuerza y por la fuerza, aparece el respeto de los valores morales, y, llevando a un extremo que le convierte casi en un culto, el sentimiento del honor. “Toda mi vida yo he luchado por estos imponderables que se llaman virtud, abnegación y, en general, por los valores íntimos del hombre. Pues el hombre no es verdaderamente útil, sino cuando en su vida pública actúa para su país y en su vida privada busca inspirarse siempre en el honor”.

Si Pilsudski presta una capital importancia a tres dominios de la actividad pública cuyo conocimiento profundo considera como indispensable a todo estadista —el ejército, la diplomacia y las

finanzas—, es, sin duda, porque vive con el recuerdo de la cruel experiencia sufrida por Polonia, país que pagó a precio de su independencia la ausencia de las dos primeras y la mala organización de la tercera. Por otra parte, representan estos dominios elementos decisivos sobre los que debe descansar el Estado, lo que constituyó su preocupación suprema. “El Estado —nos dice— tiene esencialmente dos funciones que constituyen nada menos que su existencia: el ejército y la política exterior. Estas dos funciones no pueden quedar a merced de los vaivenes que resultan de las luchas de los partidos, pues ello conduce al Estado a su ruina, ya que ambas degeneran entonces”. Por lo demás, los antagonismos meramente políticos le interesan poco a Pilsudski: “Nos encontramos —afirma en alguna otra parte— en un período en que cristalizan nuevas ideas y solemos abusar insensatamente de viejas ideas anteriores a la guerra y que están destinadas a perder todo su valor”.

Sería, sin embargo, falso atribuir a Pilsudski un espíritu militarista, que le es absolutamente extraño. “Estamos en el amanecer de una época en que la rivalidad en el trabajo tendrá mayor vigor que la rivalidad en las armas y la guerra, sentimiento que perteneció a una edad que ya finaliza”. Sí... Pero no se crea que este ímpetu apasionado lleve a Pilsudski hacia un pacifismo absurdo.

¿La paz eterna que la humanidad ha soñado, brillará mañana súbitamente como el sol? Hasta hoy las tendencias profundas de paz se entretienen con una fuerte tradición guerrera que deberíamos destruir. Y es por esto por lo que tal vez puede aún prosperar quien desentendiéndose de tales tendencias pacifistas, recurra mañana a la agresión.

Un gran esfuerzo anterior se requiere si queremos hacer girar la rueda de la historia. En efecto, estamos frente a una severa interrogación. Para que la paz se conserve ¿deberá Polonia llegar a ser igual a las más grandes potencias, o tendrá, por el contrario, que permanecer débil, menesterosa y constituyendo, precisamente por esto, un peligro permanente para el equilibrio europeo? Tendremos que contestarnos.

El incesante esfuerzo de Pilsudski y toda su obra, son la mejor respuesta a esta pregunta que dominó su pensamiento clarividente.

He aquí, rápidamente bosquejados, los rasgos esenciales de esta ideología a la vez romántica y realista y por la que, en cierto modo, Pilsudski, todavía en vida, pudo entrar en la leyenda a través de la que continúa inspirando a su país, este país por el cual puede afirmarse, sin exageración, que nació, vivió y murió.